

RECUERDOS

*Extracto sacado del libro "Buena Gente de Villaescusa, historias de la vida cotidiana".
Promovido por la Asociación de Mujeres de Villaescusa de Haro. Editado por la Diputación
Provincial de Cuenca (Ediciones provinciales número 92). Año 2008.*

Hoy he salido a pasear y observo que hace días se tiñeron de rojo los campos de cebada, las flores brotan alegres en las cunetas de los caminos y tras las lluvias caídas la fuente ha revivido, volviendo a discurrir por su caño el agua fresca y cristalina, atrayendo a los pájaros que aletean alegres intentando refrescarse. El aroma a primavera, el sonido incesante de los grillos, los campos cubiertos de un verde intenso, alternando con rojo, amarillo, violeta..., todo ello me obliga a revivir por algunas horas aquella época casi olvidada, pero que rescatas de lo más profundo de tu ser y te transporta al pasado, invadiéndome una gran nostalgia.

Me viene a la memoria el día que le dije a mis padres que me iba a servir a Madrid, atrás quedaban 20 años de mi vida en el pueblo, cargados de anécdotas y vivencias únicas que han marcado mi vida. ¿Y qué podía hacer?. En el pueblo no había donde trabajar, solamente había una opción, el campo, que no daba para mucho, en cambio la ciudad ofrecía un futuro, y salías del enclaustramiento al que sometía la vida rural.

Recuerdo cuando regresaba en verano de la capital, con el cutis blanquito y lustroso, por el simple hecho de no haber estado expuesto al implacable sol, pero duraba poco, porque volvía al pueblo para ayudar a mis padres en tiempo de siega, y el cutis aterciopelado se volvía áspero, curtido por el dorado astro y con una oscura tonalidad, a pesar del pañuelo que nos poníamos las muchachas por la cara para evitar que los rayos del sol hicieran de las suyas y demacraran el delicado cutis madrileño.

La vida rural en aquella época era sinónimo de trabajo, madrugones, sofocante calor o frío infernal, dolor de riñones, piel curtida, cansancio, mucho cansancio, podría decirse incluso

agotamiento extenuante, pero hoy a mis 80 años lo recuerdo con una sonrisa y alegre nostalgia, porque en realidad era la etapa de mi juventud, una etapa llena de vida, de agilidad, de energía, con ganas de vivir..., siempre había momentos para cantar, bailar, gastar bromas, aunque fuera en los descansos de las faenas del campo, o en el regreso a casa después de un día de vendimia, o mientras trillabas en la era..., aún hoy me viene a la mente alguna coplilla, como esta que decía:

“En esta calle vivía
mi novia calabacera,
la que me dio calabazas
antes que la pretendiera.”

Y otra decía:

“En la casa de Paloma
no se guisa con carbón,
porque se guisa con cepas
que coge del corralón”.

Aún hoy paso por las balsas y me veo lavando la ropa, puesta de rodillas, restregándola con energía contra la losa de piedra, y con el jabón hecho en casa con aceite y lejío, que hay que ver lo blanca que dejaba la ropa, ni el Ariel lava tan blanco, lo mejor el jabón casero. Lo duro era el crudo invierno, porque el agua estaba fría, a falta de un grado para congelarse, el cuerpo entumecido lo inclinabas ligeramente para frotar contra la losa, lo que hacía que la falda tapara menos de lo aconsejable y entraba un fresquito por las zonas prohibidas que aún hoy me resfrío de pensarlo.

En mi paseo en este atardecer del mes de mayo, por el camino de la Cruzcerrada, contrastando con el simpático cántico de las aves que moran por el campo, el estrepitoso ruido producido por un tractor que me obliga a echarme a un lado del camino y dejarle continuar su lento viaje, y viéndole alejarse, me acuerdo de mis mulas, la “Jara” y la “Calana”, ¡qué yunta!, eran la envidia, parece que fue ayer cuando iba a garabatear con la Calana, y yo enganchada del garabato y mi hermana la Antonia estirando del ramal, porque cuando la necesidad apremia una hace de todo, era en tiempo de guerra y en casa no había hombres, y las mujeres teníamos que tirar hacia adelante, hasta tal punto que te veías haciendo hoyos, cavando olivas, y cómo no, garabateando, trabajo típico de hombres pero que una mujer valiéndose de su maña también lo realiza, quizás con menos maestría, pero por la falta de costumbre y fuerza, no por habilidad y valentía, que eso a la mujer le sobra. Si no como se explica que llegábamos a casa después de una dura jornada de siega, con las manos encalladas, y claveteadas por los incómodos pinchos de los cardos que se camuflaban entre la mies, las piernas arañadas por los cadillos y las cañas de paja, sobre todo si era centeno, porque el pantalón era demasiado masculino para la época y la mujer no podía hacer uso de él ya que le restaba feminidad, y no sólo eso, ¿qué diría la gente?, pero a pesar de todo el agotamiento, a la mujer siempre le quedaba un ápice de energía para lavar la ropa, hacer la cena y atender a la “prole” antes de ir a dormir, porque el insomnio no existía, antes de tumbarte ya estabas roncando, hasta que llegaban las cuatro de la madrugada y la historia se repetía. La voz de tu padre se metía por los oídos como un chirrido insoportable cuando decía ¡Carmen, Antonia, Paz, Juana arriba que ya es la hora!, los párpados no permitían que abriera los ojos, se hacía pesados como losas, y mis hermanas y yo nos dábamos media vuelta y a dormir, hasta que las voces de mi padre volvían a golpear los adormecidos oídos, y con gran esfuerzo nos levantamos del jergón y con los ojos somnolientos y el cuerpo desperezándose montabas en el carro y emprendías el camino al “tajo”, pasando primero por la fuente para llenar los cántaros con agua fresca para afrontar el caluroso y fatigado día. Por el camino

aprovechabas para dar una cabezada, balanceándose tu cuerpo de un lado al otro al compás del “traqueteo” del carro, y deseando que llegara la hora del almuerzo desde que empuñabas la hoz, para saciar el estómago que se encogía como queriendo sacar la última gota de jugo. Por fin llegaba la tan ansiada hora y calmabas el estómago con una onza de chocolate acompañado de torta de cebada, porque el pan escaseaba, o alguna sardina salada, que te obligaba a visitar bastantes veces el botijo que mantenía el agua más o menos en condiciones de poder beberse porque se enterraba en la tierra, protegiendo así el agua de los ardientes rayos del sol del mes de Julio.

Esbozo una leve sonrisa al recordar los buenos ratos que se pasaban cuando íbamos a “dar de mano”, porque permitía juntarte con otras cuadrillas, y mientras los mozos abrevaban las bestias, comíamos, lo normal era comer patatas fritas, ajo cocido, gachas, etc., entre bromas, chascarrillos y coplillas, pasábamos las calurosas horas de la siesta, otros se apartaban y preferían dormir a pierna suelta, debajo de un haz que le hacía sombra.

Pensar en el verano era pensar en caluroso trabajo, porque no sólo tenías que aguantar dos meses con la hoz en la mano, también esperaba la era, ablentando con el solano de madrugada, trillar girando y girando montada en la trilla imaginando que ibas montada en un caballito del ti vivo de la feria de Belmonte, acontecimiento al que no faltábamos todos los pueblos de los alrededores, a finales del mes de Septiembre, una vez finalizadas las faenas de verano, pero a punto de comenzar la vendimia.

Continuando mi paseo por el camino de la Cruzcerrada, me encuentro con mi amiga la Adela, qué vuelve caminando bastante deprisa.

-¡Hombre Paz!, ¿dando un paseo?.

- Ea, estaba sin hacer nada y hacía buena tarde y me he dicho voy a estirar las piernas un poco, qué falta les hace, porque tengo la rodilla derecha que no me deja parar del dolor que tengo.

-¿Recuerdas cuándo bailábamos la jota?, entonces no nos dolía nada, ¡qué agilidad!, y no ahora, que no puede una levantar los pies del suelo, en fin qué se va hacer. Bueno Paz te dejo que llevo prisa.

-Adiós Adela.

A lo lejos se encuentra pastando un rebaño de ovejas, y me incita a quedarme por un momento observando la bella estampa que se me ofrece, entre ellas también un burro de color marrón oscuro, y da la sensación de tener bastante edad, se parece mucho a la borrica que teníamos en casa, ¡las veces que me tiraría al suelo!. No sólo nos caíamos las personas también en alguna que otra ocasión caía la mies, cuando algún carro volcaba en el camino, ¡qué desastre!, otra vez había que cargarlo, ya casi sin fuerzas después de haber estado todo el día segando, pero no quedaba otra alternativa, volvías a empuñar la horca y la hincabas en el haz, lo peor era en algunas ocasiones cuando tenías el haz levantado por encima de la cabeza y te caía encima algún ciempiés o alguna culebra, aún hoy cuando lo recuerdo se me eriza el bello, y es que en el campo te expones a reptiles o insectos molestos que incordiaban a animales y humanos, con sus picaduras y mordiscos.

El paso de una motocicleta me hace regresar del pasado y observo que el sol ya se está ocultando tras el horizonte aportándole al cielo una tonalidad rojiza, lo cual me indica que ya es hora de regresar a casa, el día está llegando a su fin, y mañana se sumará a la lista de recuerdos que en mi memoria se agolpan y luchan contra el paso del tiempo, para no ser jamás olvidados.